

El grito de Dolores de 1812 a 1968

Emmanuel Carballo

El Grito de Independencia es uno de esos rituales cívicos que nos conforman como sociedad y que se ha convertido en una forma de expresión de nuestra identidad como nación. Emmanuel Carballo elabora en este texto una suerte de breviario cronológico a partir de las formas y los modos en que se ha celebrado este acontecimiento central de nuestra historia en el umbral del bicentenario.

Hoy vivimos en un país que construyeron para nosotros con materiales frágiles y planos arquitectónicos confusos, y a veces opuestos, nuestros esforzados tatarabuelos del siglo XIX.

Unos liberales y otros conservadores, unos republicanos y otros de frágiles ideas monárquicas, unos que tenían vocación de visionarios y otros que políticamente miraban no hacia adelante sino hacia atrás.

El país que nos heredaron ha pasado sucesivamente por la Conquista, la Colonia, la Independencia, los dos imperios, la República Restaurada, el Porfiriato, la Revolución, su paulatino e incesante desgaste y el siglo XXI en el que la democracia, que ahora comienza a dar sus primeros frutos no siempre convincentes, es la tarea que a todos nos compete: partidos, asociaciones cívicas, comerciales y financieras, iglesias y ciudadanos comunes y corrientes como nosotros.

Uno de los escasos actos políticos con el que se identifican los mexicanos de todas las etapas de nuestra historia y de todos los credos e ideologías es el Grito de

Dolores dado por el cura Hidalgo. Como la Virgen de Guadalupe, Hidalgo es para nosotros un santo y seña.

Por esa razón dedico estas páginas a repasar los modos y circunstancias en que se ha celebrado a lo largo de nuestra historia este mínimo y popular discurso de la oratoria política mexicana: las pocas y eficaces palabras que el Padre de la Patria dirigió a los feligreses que se reunieron para asistir a misa la mañana del 16 de septiembre de 1810.

No hablo de Hidalgo y los insurgentes que lo siguieron en su justa lucha contra los españoles porque ya ha sido enjuiciada por historiadores profesionales y empeñosos aficionados que en vez de aclarar la visión de sus lectores la distorsionan.

Hidalgo es un suculento trozo de la mejor carne que se disputan los nuevos liberales y los nuevos conservadores. No participo en esta querrela que no tiene razón de ser y que no tiene, tampoco, trazas de acabar. Admiro a Hidalgo sin dejar de reconocer sus errores humanos, políticos y militares. En este texto no hablo



Antonio Fabres, *Miguel Hidalgo*, 1904

de él sino de los homenajes que su causa ha merecido a lo largo y ancho del país desde 1812 hasta 1968.

Las siguientes anotaciones extraídas de numerosas fuentes las reduje al máximo, al momento en que el informante cuenta lo más peculiar del Grito que le tocó presenciar o le han contado personas de su amistad; uso también periódicos, folletos y en ocasiones libros. Cuando fue necesario yo hice las veces de “informante.”

La primera vez que se celebró el aniversario del 16 de septiembre fue en 1812, dos años después de que Hidalgo diera el Grito en el pueblo de Dolores. En la pequeña ciudad de Huichapan, el general Ignacio López Rayón lo conmemoró así: “Con una descarga de artillería y vuelta general de esquilas comenzó a solemnizarse en la alba de este día el glorioso recuerdo del grito de libertad dado hace dos años, en la congregación de Dolores, por los ilustres héroes y señores serenísimos Hidalgo y Allende, habiéndose anunciado por bando la víspera para que se iluminasen y adornasen todas las calles. Asistió S.E. con el lucido acompañamiento de su escolta, oficialidad y tropa a la misa de gracias, y al tiempo de ella hizo salva la artillería y la compañía de granaderos de Huichapan; a las doce, en la serenata, compitiendo entre sí dos músicas, desempeñaron va-

rias piezas selectas con gusto de S.E. y satisfacción de todo el público.” Además, Andrés Quintana Roo escribió un manifiesto para esa oportunidad que lleva por título “La Junta Suprema de la Nación a los americanos en el aniversario del 16 de septiembre.”

El 16 de septiembre de 1813, en Oaxaca, el periódico *Correo del Sur* publicó el artículo “Rapto de entusiasmo patriótico de un americano en el feliz aniversario del 16 de septiembre de 1810.”

Morelos, en uno de los veintitrés puntos que propuso se incluyeran en la Constitución, decía: “Que igualmente se solemnice el día 16 de septiembre todos los años, como el día aniversario en que se levantó la voz de la Independencia y nuestra santa libertad comenzó.” La Constitución de Apatzingán no incorporó la sugerencia de Morelos, pero sí declaró día de fiesta nacional el 16 de septiembre.

El Congreso Constituyente de 1822, a su vez, decretó honores a los héroes y declaró día de fiesta cívica, entre otros, el 16 de septiembre. Este decreto no se puso en práctica dados los acontecimientos que distraían al país.

El nuevo Congreso Constituyente, por decreto del 27 de noviembre de 1824, estableció como únicas festividades cívicas el 16 de septiembre, aniversario del inicio de la lucha por la Independencia, y el 4 de octubre, día en que se promulgó la Constitución.

“Sin embargo el año anterior (1823) y bajo la presidencia de don Guadalupe Victoria —cuenta Luis González Obregón—, se había solemnizado el 16 de septiembre de modo digno, pues de antemano se había dispuesto la traslación de los restos de los primeros héroes, que llegaron a la capital un día antes. El 16 se trajeron de la Villa de Guadalupe a la iglesia de Santo Domingo en solemne procesión, y el 17, con igual pompa, se llevaron a la Catedral, donde fueron depositados en la cripta del altar de los Reyes.”

En 1825 se dio forma a esta fiesta nacional. El gobernador del Distrito Federal publicó un bando en el que se pedía a los ciudadanos que iluminaran sus casas y a las autoridades correspondientes las calles, y que se adornasen las ventanas y balcones con cortinas, flámulas y gallardetes. El 16 de septiembre, en Palacio, el presidente Victoria recibió las felicitaciones del cuerpo diplomático y corporaciones eclesiásticas y civiles. Después se efectuó un desfile por las calles de Tlapalecos, Refugio, Espíritu Santo y Plateros que desemboca en el Palacio Nacional, donde un orador (Juan María Wenceslao Sánchez de la Barquera) pronunció la oración cívica. “Por la tarde, a pesar de la lluvia, se verificó el paseo en la Alameda, y bailes de cuerda, en los que participaron músicas militares. Por la noche, ya serena, siguieron las iluminaciones y fuegos artificiales alegóricos, que se desempeñaron con el mayor lucimiento. En

todas estas funciones no se ha advertido más que el júbilo, el buen orden y el entusiasmo patrio de nuestros moderados y virtuosos ciudadanos.”

En 1829, durante las fiestas patrias, las pasiones se exaltaron y se avivaron los odios contra los españoles con motivo de la expedición de Barradas. En 1831 y 1832 las autoridades recomendaron el mayor orden, lo que demuestra que los ánimos no estaban muy tranquilos; en 1832 se prohibieron los cohetes y los vítores.

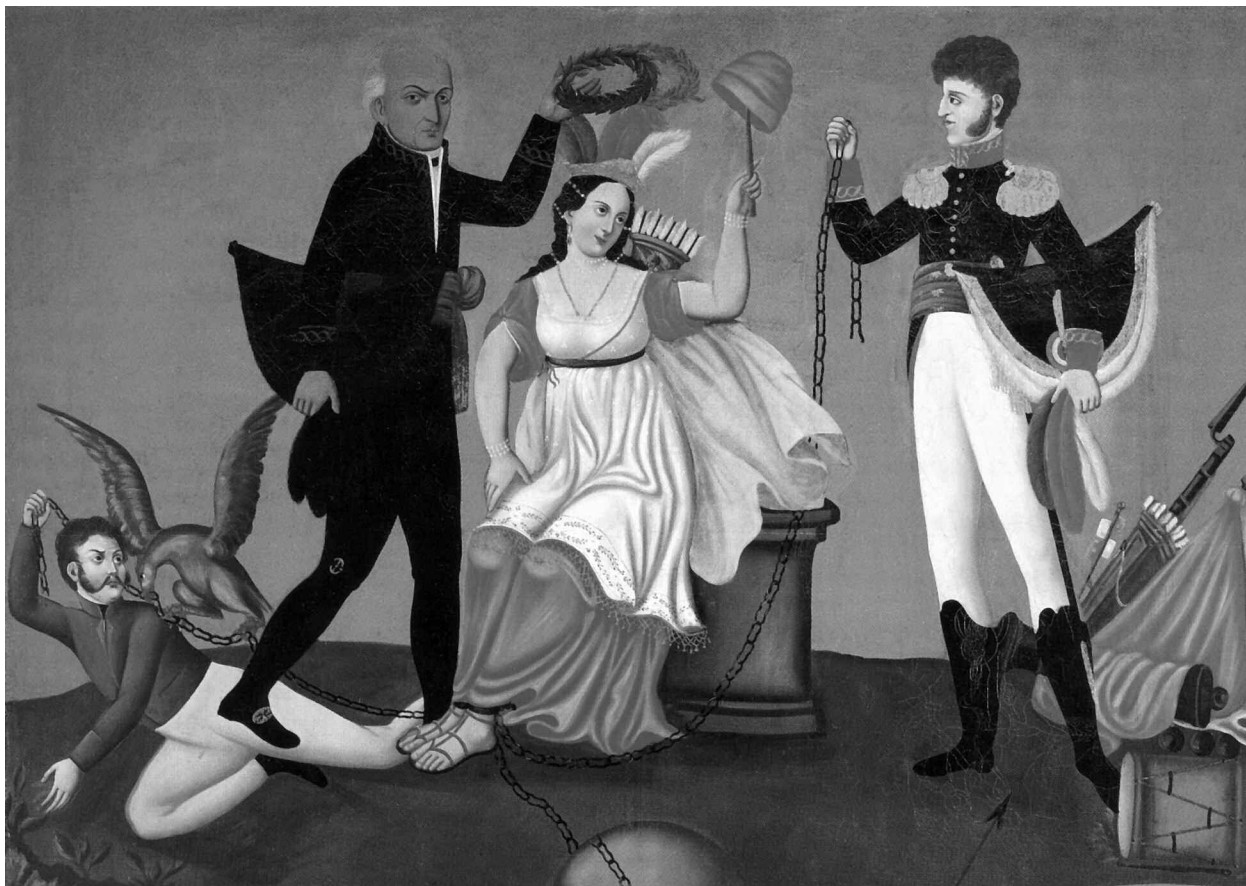
En 1833 las luchas civiles y el cólera hicieron que las fiestas se celebraran el 4 de octubre. Las autoridades ese año permitieron quemar cohetes y se dio a los habitantes de la capital la libertad necesaria “para que al rompimiento de la aurora pudieran saludarla con cámaras, cohetes, tiros de escopeta o fusil.” González Obregón afirma que esa costumbre duró varios años, “pues todavía recuerdan muchas personas que los vecinos subían a las azoteas y disparaban toda clase de armas de fuego.”

“Estos primeros aniversarios —relata González Obregón— revestían un carácter a la vez que cívico, religioso, pues no solamente las autoridades políticas tomaban parte de ellos, sino también las religiosas. A la par que los edificios del gobierno, se adornaban e iluminaban todos los templos: la Catedral lo mismo que el Palacio. Los días 17 era costumbre celebrar en nuestra gran Basílica una misa de gracias por los héroes muertos. La fiesta del 16 tomó un carácter enteramente laico a partir de 1857.”

El siglo XIX en su edición del 15 de septiembre de 1845 publicó esta noticia referente al Grito: “Con motivo del aniversario de la Independencia en la noche del 15 habrá serenata al frente del Palacio Nacional y la Junta Patriótica estará reunida a la misma hora en la Universidad. Para solemnizar este acto, un alumno del colegio de San Gregorio pronunciará una oración encomiástica; concluida, sus colegas, a toda orquesta, cantarán un nuevo himno patriótico. A las once comenzará en la Catedral el repique general a vuelo, que secundarán los demás templos, acompañado de salvas de artillería, que se harán en la plaza principal, porque atendiendo al pedido lo ha permitido por esa vez el supremo gobierno, retirándose a sus cuarteles las músicas y bandas de guarnición tocando dianas.”

La festividad del 16 sólo dejó de celebrarse el año de 1847, cuando “el enemigo extranjero profanó con su planta la ciudad de Cuauhtémoc, y eso en la capital, pues en muchas poblaciones de la República el Grito fue conmemorado dignamente.”

Bajo la intervención y el Imperio se siguió celebrando esta festividad. En 1864, el Emperador se trasladó a Dolores, donde a las once de la noche del día 15 vitoreó a la Independencia desde la ventana de la casa de Hidalgo y el 16 de nuevo se presentó en la casa del libertador para rendirle nuevos honores. En 1865, en la Ciudad de México, Maximiliano celebró el Grito con grandes y suntuosas fiestas.



Anónimo, *Alegoría de la Independencia*

“Mientras que así se solemnizaba el día de la Patria en Dolores, en la Ciudad de México el ilustre presidente, el benemérito Juárez, consagraba a su vez recuerdos a los héroes y celebraba el 16, aun en medio de su difícil y prolongada peregrinación.”

Al triunfo de la República y del restablecimiento del gobierno legítimo, “el 16 se solemnizó en México con gran júbilo y regocijo, revistiendo entonces las fiestas gran pompa y entusiasmo.”

A partir de la caída de Iturbide y hasta fines del porfirismo, recuerda con dejo criollista Artemio de Valle-Arizpe, “en los barrios de la Ciudad de México y en las capitales de los estados, ya no digamos en los pueblos, se repetían 16 con 16 las alharaquientas escandale-ras del populacho contra los españoles. Pero con esto no se quería demostrar odio a España, no, sino recon-centrada malquerencia con el gachupín de la tienda de abarrotes, con el de la carnicería o el del empeño. Con mueras y con lapidaciones a sus casas se le daba amplio gusto al rencor particular que cada cual tenía con esa gente que le vendía caro o no le fiaba, o cobrábale lo que le adeudaba o lo explotaba con los préstamos usu-rarios del montepío. Eran irreprochables estos anuales alborotos a pesar de los castigos...”

“Yo presencié en San Luis Potosí, en 1908, un caso chistoso en el regocijo del 16 de septiembre. Traía el populacho a mal traer, entre golpes y empellones, a un pobre hombre porque aquellos pelados potosinos die-ron y tomaron que era gachupín. El infeliz, como Dios le ayudó, ya coloreado de sangre, pudo demostrar con

tal o cual papel y, sobre todo, con el arrastre gangoso de las erres, que no era hispano sino francés de nación. En-tonces uno de aquellos exaltados y fervorosos ‘patriotas’ sentenció autoritario: ‘¡Ah! ¿Con que no es gachupín? Pues entonces que se vaya, y déjenlo para el 5 de mayo.’

“Éste era el cansado Grito —añade don Artemio—, y años antes, en 1883, se suprimió la aburrida velada literario-musical, con beneplácito de todo el mundo, y así como entró el festejo al cerrado recinto del elegante Teatro Nacional volvió a salir gozoso al aire libre con el algarero bullicio del pueblo, que revestíalo de alegría, y entonces ya el Grito, con bandera y todo, fue desde el balcón del Palacio.”

“El 16 de septiembre de 1877 hubo procesión cívi-ca —refiere Moisés González Navarro—: funcionarios y empleados desfilaron en casaca, guantes y con puro; José Rivera y Río habló de patria, gloria, centurias, libertad, héroes y mártires; y a continuación hubo una brillante parada militar. En los teatros se celebraron funciones gratuitas, y en la noche un paseo en el Zóca-lo, donde se quemaron más fuegos artificiales. En total se gastaron cinco mil pesos. Era parte principal, y muy gustada, las ‘jamaicas’, que ‘hoy, en la manía de extran-gerizarlo todo, llamamos kermesses’. Los rutinarios pro-gramas fueron modificados por las carreras de sacos y velocípedos, celebradas frente al Palacio Nacional en 1891; y en 1896, por la colocación, ante una inmensa muchedumbre, de la Campana de la Independencia en la parte superior de la puerta vidriera del piso alto del Palacio, a las once de la noche del día 15.

“Las fiestas septembrinas de la capital atraían a gran número de turistas. En 1883 se calcularon en más de treinta mil y algunos lustros después llegaron a emba-razar el tránsito en las calles. La animación por la tar-de era muy grande en la Alameda, Paseo de la Reforma y Bosque de Chapultepec; y por la noche, Plateros y San Francisco rebosaban de concurrentes. El 15 de septiembre de 1900, los fuegos artificiales gustaron co-mo nunca, especialmente los cohetones que reventaban en floración de colores. Una serenata a Díaz, dada por noventa músicos militares frente a Palacio Nacio-nal, puso fin a la celebración. Algunos se preocupaban mucho por los denuestos y ataques contra los espa-ñoles... Además, con el pretexto de la libertad, había borracheras, destrozo de jardines y pavimentos. Des-pués de beber pulque, chinguirito, colonche, chicha o agua sucia llamada té, la multitud acudía al Grito; ter-minado éste se dispersaba por el centro de la ciudad profiriendo las más soeces injurias contra los gachu-pines, los mochos y dando vivas a la Virgen de Guada-lupe. En 1910, centenario del inicio de la guerra de Independencia, las fiestas de septiembre llegaron a la apoteosis: inauguraciones de obras materiales, desfiles militares y de carros alegóricos, verbenas populares y



Claudio Linati, *José María Morelos*, 1827



Pedro Gualdi, *Catedral de México al atardecer*, ca. 1850

banquetes aristocráticos. Se calcula que medio millón de personas presenció ese año el desfile.”

El 15 de septiembre de 1912, Francisco I. Madero, el primer presidente electo de la Revolución, enarbó la bandera y dio el Grito desde el balcón central de Palacio, ante el desbordante entusiasmo de los capitalinos, que no creían lo que veían: que estuviera frente a ellos Madero y no Porfirio Díaz.

En 1915, el general Pablo González dio el grito en el Zócalo y Venustiano Carranza en el puerto de Veracruz. En la Ciudad de México, en el Salón Blanco de Palacio, se sirvió un *lunch* (en vez del pomadoso banquete porfirista) al que asistieron algunos generales constitucionalistas.

En 1916, por indisposición de Carranza (víctima de una fuerte gripe), dio el Grito Cándido Aguilar, quien también presidió el *lunch* ya institucionalizado.

En 1917 el Grito y el desfile se efectuaron sin incidentes graves. Entre los festejos se incluyeron, por primera vez, vuelos acrobáticos realizados por aviones militares.

En 1918, además de la programación ordinaria, se celebró un anacrónico festival literario-musical en el que intervinieron Enrique González Martínez, Jesús Urueta y Manuel M. Ponce.

En 1921, el 16 de septiembre, el presidente Obregón depositó en la Catedral una corona de plata con hojas de laurel sobre la urna que guardaba los restos de los héroes de la Independencia.

En 1925, también el 16 de septiembre, en armonías de artillería tirados por mulas, fue trasladada de la

Catedral a la Columna de la Independencia la urna en que estaban depositados los restos de nuestros héroes.

De aquí en adelante, y con altibajos, el Grito del 15 y el desfile del 16 han sufrido algunas modificaciones. El mejor ingrediente para el éxito de las fiestas septembrinas sigue siendo el mismo desde 1825: el pueblo. Y el pueblo de entonces y el pueblo de ahora no ha variado sustancialmente: se trata, como dijo Federico Gamboa, de “un pueblo delirante de amor a su terruño, que una noche en cada año cree en sí, recuerda que es soberano y fuerte.” A lo largo de nuestra historia independiente las constantes de estas fiestas han sido el amor a la patria, el antiespañolismo (y después el antiyanquismo y el antifrancesismo), los aguaceros, el papel picado, las flores, el alcohol y la pólvora.

En 1968, el año de las Olimpiadas y del movimiento estudiantil, se celebraron dos ceremonias del Grito: una la que, como siempre, se efectuó en el Zócalo, en Palacio Nacional, desde el cual Gustavo Díaz Ordaz vitoreó a los héroes de la Independencia y otra en Ciudad Universitaria, donde el ingeniero Heberto Castillo arengó a los estudiantes en un discurso fogoso y bien estructurado.

Esta cronología un tanto antológica permitirá a quien la siga con atención conocer la evolución histórica del pueblo y el gobierno mexicanos; le permitirá asimismo contemplar nuestros escasos triunfos y nuestras abundantes derrotas, cada vez más profundas y más difíciles de vencer. **U**